

maje lleno de estrellas. Tenemos un deber: trabajar en pro del alma humana; defender el misterio contra el milagro, adorar lo incomprensible, y rechazar lo absurdo; no admitir como inexplicable más de lo necesario; sanear la creencia; separar las supersticiones de la religión; limpiar de gusanos la idea de Dios.

## VI

**Bondad absoluta de la oración.**

En cuanto al modo de orar, todos son buenos, siendo sinceros. Cerrad todo libro y penetrad en lo infinito.

Sabemos que existe una filosofía que niega el infinito; pero también hay una filosofía clasificada patológicamente, que niega el sol. Esta filosofía se llama ceguera.

Erigir un sentido de que carecemos en origen de verdad, es ciertamente una razón de ciego.

Lo curioso es el tono altivo, de superioridad y de compasión que toma para con la filosofía que ve á Dios, esa filosofía que anda á ciegas. Nos parece oír á un topo exclamando: ¡Me dan lástima con su sol!

Sabemos que hay ilustres y poderosos ateos; pero en el fondo, encaminados á la verdad por su mismo poder, no tienen la seguridad de su ateísmo; para ellos la cuestión viene á ser casi de nombre; y en todo caso, si no creen en Dios, con ser hombres de talento prueban que existe.

Nosotros saludamos en ellos á los filósofos, al par que calificamos inexorablemente su filosofía.

Continuemos.

Lo igualmente admirable es la facilidad con que muchos se pagan de palabras. Una escuela metafísica del Norte, algo cargada de neblina, ha creído que hacía una revolución en el entendimiento humano reemplazando la palabra Fuerza por la palabra Voluntad.

Decir: la planta quiere, en lugar de la planta crece, sería en efecto una frase fecunda, si se añadiese: el Universo quiere. ¿Por qué? Porque de ahí se deduciría que si la planta quiere, es que hay un yo; el Universo quiere, hay pues un Dios.

Por nuestra parte, que en contraposición á semejante escuela no rechazamos nada "á priori", creemos que, admitir en la planta una voluntad, como dicha escuela admite, es mucho más difícil que admitir la voluntad en el Universo, que ella niega.

Negar la voluntad del infinito, es decir, Dios, no puede hacerse sino negando el infinito mismo. Ya lo hemos demostrado.

La negación del infinito conduce directamente al nihilismo. Todo se convierte en "concepción del espíritu".

Con el nihilismo no hay discusión posible; porque si el nihilista es lógico, duda de que su interlocutor exista, sin estar seguro de que exista él mismo.

Desde su punto de vista, es posible que no sea él para sí mismo más que "una concepción de su espíritu".

Pero no advierte que todo lo que niega lo admite en junto, con sólo pronunciar la palabra: espíritu.

En suma, no ha abierto todavía ninguna senda al pensamiento, esa filosofía que quiere terminarlo todo con este monosílabo: No.

Al No, no hay más que una respuesta: Sí.

El nihilismo no tiene trascendencia.

No existe la nada. El cero no existe. Todo es algo. La nada es nada.

El hombre vive de la afirmación más que de pan.

Ver y mostrar no es suficiente. La filosofía debe ser una energía; debe tener por esfuerzo y por efecto, mejorar al hombre. Sócrates debe entrar en Adán y producir á Marco Aurelio; ó en otros términos, hacer salir del hombre de la felicidad el hombre de la sabiduría. Transformar el Edén en Liceo. La ciencia debe ser un cordial. ¡Gozar! ¡Qué triste fin! ¡Qué ambición más mezquina! Los brutos gozan. ¡Pensar! he aquí el verdadero triunfo del alma.

Hacer fluir el pensamiento al alcance de la sed de los hombres; darles á todos en elixir la noción de Dios; unir fraternalmente la conciencia y la ciencia, y hacerles justos por medio de este misterioso enlace. Tal es la misión de la filosofía verdadera. La moral es una expansión de verdades. La contemplación lleva á la acción. Lo absoluto debe ser práctico. Es preciso que el ideal sea respirable, potable y comestible para el espíritu humano. Sólo lo ideal tiene derecho á decir: "Tomad, esta es mi carne; bebed, esta es mi sangre". La sabiduría es una comunión sagrada. Bajo esta sola condición deja de ser un amor estéril de la ciencia para convertirse en el modo único y soberano de la unión humana; y de filosofía se eleva á religión.

La filosofía no debe ser un edificio construido sobre el misterio para mirarle fácilmente, sin más resultado que un objeto de curiosidad.

Nosotros, y dejando para otra ocasión el desarrollo de nuestro pensamiento, nos limitaremos á decir que no comprendemos, ni el hombre como punto de partida, ni el progreso como fin, sin estas dos fuerzas, que son los dos motores: creer y amar.

El progreso es el fin; lo ideal es el tipo.

¿Qué es lo ideal? Dios.

Ideal, absoluto, perfección, infinito; palabras idénticas.

## VII

**Precauciones indispensables para condenar.**

La historia y la filosofía tienen deberes eternos, que son al mismo tiempo simples deberes: combatir á Caifás obispo, á Dracón juez, á Trimalción, legislador, á Tiberio emperador; esto es claro, directo, explícito, y no ofrece el menor inconveniente. Pero el derecho de vivir aparte, aún con sus inconvenientes y sus abusos, debe ser reconocido y respetado. El cenobitismo es un problema humano.

Cuando se habla de los conventos, de esos lugares de error, pero de inocencia;



de extravío, pero de buena voluntad; de ignorancia, pero de devoción; de suplicio, pero de martirio, es preciso casi siempre decir sí y no.

Un convento es una contradicción. Su fin es la salvación; su medio, el sacrificio. El convento es el supremo egoísmo dando por resultado la abnegación suprema.

Abdicar para reinar: esta parece ser la divisa del monaquismo.

En el claustro se sufre para gozar. Se gira una letra de cambio sobre la muerte. Se descuenta en noche terrena la luz celestial. En el claustro se acepta el infierno como herencia anticipada sobre el cielo.

La toma del velo ó de la cogulla es un suicidio que se paga con la eternidad.

No nos parece, pues, que semejante asunto sea cosa de burla. Todo es en ello serio, así el bien como el mal.

El hombre justo frunce el entrecejo, pero no sonríe con maligna sonrisa.

Comprendemos la cólera, no la malignidad.

## VIII

### **Fé, ley.**

Algunas palabras todavía.

Censuramos la Iglesia cuando está saturada de intrigas; despreciamos la aspereza espiritual opuesta á la temporal; pero honramos en todas partes al hombre pensativo.

Saludamos al que se arrodilla.

Una fe, es necesaria para el hombre. ¡Desgraciado del que nada cree!

El hombre no está desocupado cuando está absorbido. Existe el trabajo visible y el invisible.

Contemplar, es trabajar; pensar, es producir.

Los brazos cruzados trabajan; las manos juntas hacen. La mirada al cielo es una obra.

Thales estuvo cuatro años inmóvil, y fundó la filosofía.

Para nosotros, ni los cenobitas están ociosos, ni son los solitarios holgazanes.

Pensar en la Sombra es una cosa seria.

Sin invalidar en nada cuanto hemos dicho, creemos que conviene á los vivos un perpetuo recuerdo de la tumba. Sobre este punto el sacerdote y el filósofo están de acuerdo.

“Morir habemos”, replica á Horacia el fundador de la Trapa.

Mezclar á la vida algo de la muerte, es la ley del sabio; pero es también la ley del asceta. Sobre este punto el asceta y el sabio convergen.

Existe el crecimiento material, y le queremos; pero existe también el engrandecimiento moral, que respetamos.

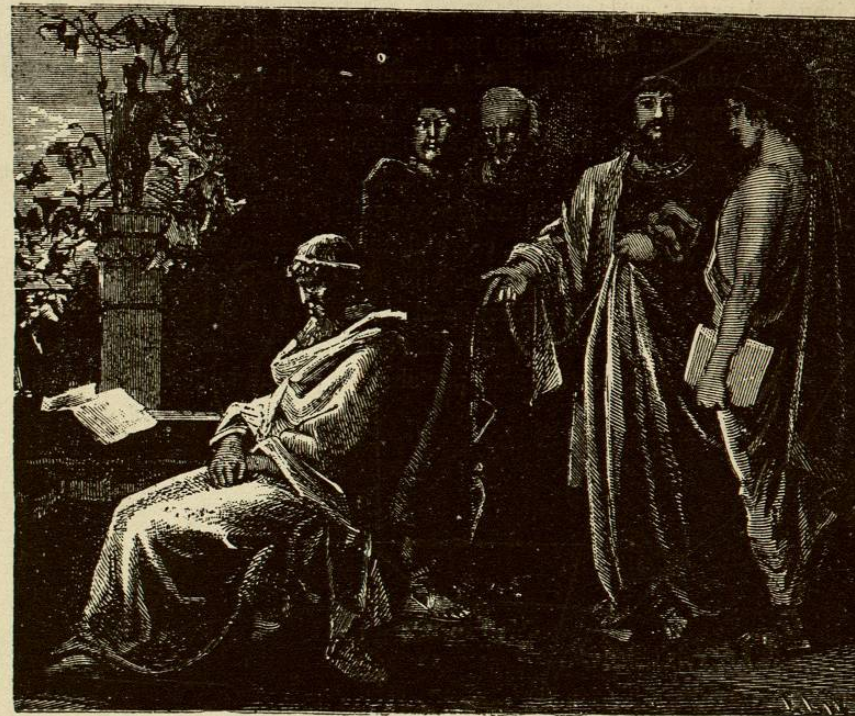
Los espíritus irreflexivos y ligeros dicen:

—¿Qué objeto tienen esas figuras inmóviles contemplando el misterio? ¿Para qué sirven? ¿Qué hacen?

¡Ay! En presencia de la obscuridad que nos rodea y nos espera, sin saber lo que hará de nosotros la dispersión inmensa, les respondemos:

—No hay tal vez cosa más sublime que la que hacen esas almas. Y añadimos: No hay tal vez en el mundo trabajo más útil.

Es preciso que haya los que oran siempre, por los que nunca oran.



Para nosotros, todo consiste en la cantidad de pensamiento que entra en la oración.

Leibnitz orando, es grande; Voltaire adorando, magnífico. “Deo erexit Voltaire”.

Estamos por la religión contra las religiones.

Somos de los que creen en la miseria del rezo y en la sublimidad de la oración.

Por lo demás, durante el minuto que cruzamos por el mundo, minuto que afortunadamente no imprimirá su sello al siglo XIX; en esta hora en que tantos hombres tienen la frente baja y el alma poco elevada; entre tantos vivientes que tienen por regla de moral el gozar, y se ocupan de las cosas perecederas y deformes de la materia; aquel que se destierra á sí propio nos parece venerable.

El monasterio es un gran destierro. El sacrificio que da en lo falso no deja de ser un sacrificio. Tomar por deber un error severo, no deja de tener su grandeza.

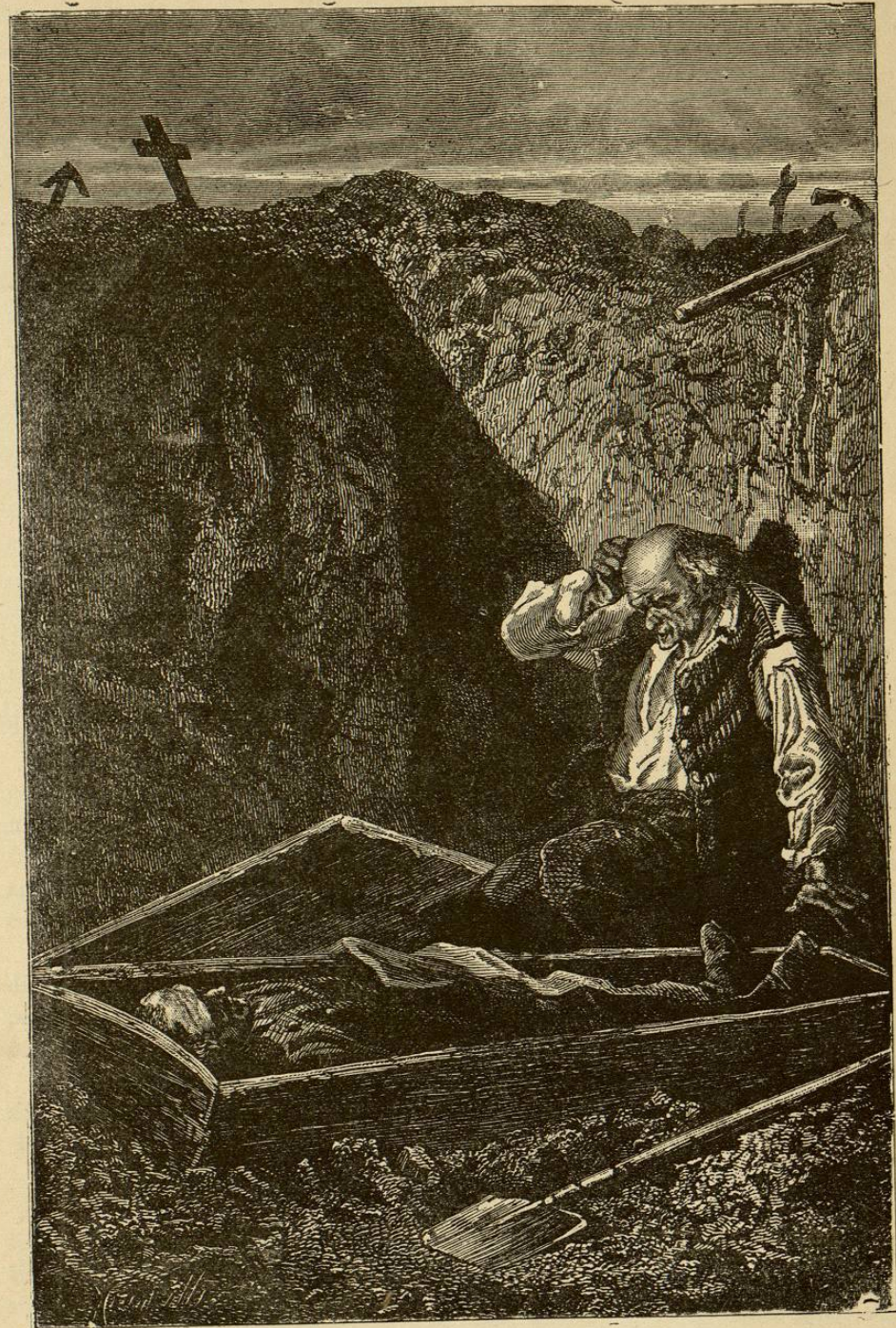
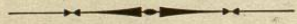
Considerado en sí mismo é idealmente, y mirándole bajo todos sus aspectos para llegar al examen imparcial de la verdad, el monasterio y, sobre todo el convento de monjas, porque en nuestra sociedad la mujer padece más, y su destierro



en el claustro es una especie de protesta; el convento de monjas, decimos, tiene incontestablemente cierta majestad.

La vida del claustro, tan austera y tan monótona, de la que acabamos de bosquejar algunas líneas, no es la vida, porque no es la libertad; no es la tumba, porque no es la plenitud: es el lugar extraño desde donde se descubre, como desde la cima de una alta montaña, á un lado el abismo en que vivimos, y al otro el abismo en que iremos á parar; es la estrecha y tortuosa frontera que separa dos mundos, iluminada y obscurecida á un tiempo por los dos, y donde se confunden el rayo debilitado de la vida y el rayo tenue de la muerte; es la penumbra de la tumba.

En cuanto á nosotros, que no creemos lo que esas mujeres creen, pero que vivimos como ellas por la fe, no hemos podido pensar nunca, sin cierto terror religioso y tierno, sin cierta piedad llena de envidia, en esas criaturas resignadas, trémulas y confiadas; en esas almas humildes y augustas que se atreven á vivir en el borde mismo del misterio, esperando, entre el mundo que les está cerrado y el cielo que no se les ha abierto, volviéndose hacia la caridad invisible; pero consolándose con la idea de saber donde está, aspirando al abismo y á lo desconocido, con la mirada fija en la inmóvil obscuridad, arrodilladas, desvanecidas, estupefactas, esperanzadas, y casi elevadas á ciertas horas por el soplo profundo de la eternidad.



Los cementerios toman lo que se les dá.